

## EXTRACTO

DE LAS

# Impresiones de su reciente viaje á Francia

EXPUESTAS EN LA SESIÓN ORDINARIA DEL 14 DE NOVIEMBRE  
DE 1916, POR EL Excmo. Sr. D. Rafael Altamira y Crevea.

**Sesión del 14 de Noviembre de 1916.**

El Sr. Altamira: Voy á ser esta noche el héroe por fuerza. No pensaba hablar ante la Academia de mis impresiones en el viaje á Francia que acabo de realizar; pero algunos de mis compañeros, á quienes privadamente empezaba á referir éstas cosas, han creído que podía ser interesante que las oyeran los demás señores Académicos; y yo, deferente al deseo de quienes por muchos títulos pueden mandarme, diré algo de lo que me parece más interesante para la Academia.

Claro es que, cualquiera que sea la posición doctrinal que se haya tomado con relación al conflicto europeo, y cualesquiera que sean las simpatías que por unos ú otros se tengan, un viaje á países beligerantes está lleno de enseñanzas, no sólo en punto á la situación real del país que se visita, sino en cuanto á las comparaciones que forzosamente surjan entre aquél y el nuestro. Basta tener un poquito de serenidad y de imparcialidad y llevar en el fondo del alma lo que yo he llevado, que es un profundo sentido del patriotismo, para poder contemplar las cosas con tranquilidad que baste á

sacar de ellas, no razones que enciendan más la posición sentimental de cada uno, sino observaciones á la manera como las puede hacer el sociólogo, el historiador ó cualquier observador de cierta cultura, que viaja con conciencia y con el interés puesto en todo lo que le sale al paso.

Francia no sé si es el espectáculo más interesante para un hombre que mire así las cosas; pero sí es uno de los más interesantes. Para decir que lo sea más que otros, yo no tengo datos bastantes, pues sería preciso haber visitado los demás países beligerantes, aunque no fuera más que los del grupo aliado.

Pero dado el conocimiento que poseemos de Francia y la imagen que todos teníamos forjada de ella antes de la guerra, ofrece más interés que otro cualquier país para nuestras consideraciones. Porque respecto de los otros, sobre todo de los que han tenido más influencia espiritual sobre España, como Alemania, Inglaterra é Italia, todo lo que han hecho lo esperábamos. En cuanto á Francia, no creo equivocarme si digo que ha producido una gran sorpresa. Muchas gentes pensaban, antes de estallar la guerra, que Francia estaba en una situación espiritual y social poco propicia para realizar el esfuerzo enorme que ha realizado y para presentar el ejemplo que presenta frente al conflicto actual. Esta idea que de Francia tenían muchas gentes ha sido desvirtuada por la realidad; y basta trasponer la frontera para empezar á recibir rectificaciones, si algo quedaba de aquel prejuicio. Para decir las cosas de manera sencilla y familiar, nos la figurábamos dominada por el antimilitarismo y el anarquismo, y con gran flojedad en cuanto á todo lo que es necesario para el cumplimiento de, los menesteres que supone una lucha, abandonado ya el ideal de la «revancha» de tiempo de Boulanger, y más bien inclinada en el sentido de la dejación de todas estas cosas, tendiendo á soluciones jurídicas y con un estado de costumbres antes propicio al afeminamiento que á despertar las grandes energías que en los momentos de crisis, aun sin ser armadas, necesitan los pueblos.

En suma, se pensaba que Francia estaba en situación poco apta para hacer frente al conflicto.

Y el espectáculo de la Francia actual es todo lo contrario; ofrece á los ojos del observador ciertas notas que me parece resumir bien el carácter de este pueblo en los momentos actuales.

La primera de ellas es la del *patriotismo*. Francia ha vuelto á encontrar aquella homogeneidad que constituyó su fuerza durante las luchas con la Casa de Austria é hizo que pudiera contrarrestar el esfuerzo de nuestro Carlos I, el cual peleaba con factores de condición muy distinta. Se observa hoy en Francia que todas las cuestiones de orden interior, aun aquellas que en los últimos tiempos parecían dominar más el espíritu de las nuevas generaciones, verbigracia, aquel sentido internacionalista de gran radicalismo que quería recortar las aspiraciones del ideal patriótico, todo esto se ha fundido; y desde los elementos de la extrema derecha, con los cuales hemos estado en gran contacto, incluso el Clero, hasta el grupo radical de Hervé, en todas partes hemos encontrado, no sólo la voluntad y el deseo de la unión, sino el renunciamiento efectivo, en aras del problema nacional, de todo lo que podía estorbarle. Los franceses de hoy piensan que Francia está en momentos graves que pueden decidir de la existencia de la nacionalidad, y á esto lo subordinan todo, Esa idea produce la cohesión, la fuerza y la unidad más dignas de notar, porque á ellas concurren, no sólo los elementos que de ordinario forman la conciencia de un país, los hombres, sino otro que precisamente en Francia, dentro de ese ideal, parecía el más alejado de las cosas serias de la vida: la mujer. La concurrencia de la mujer en la obra de reconstitución del espíritu nacional francés, es actualmente verdaderamente asombrosa. Yo no sé lo que harán las mujeres de los otros países; hablo sólo de lo que he tenido delante, y á la mujer francesa se la ve dispuesta á todo lo que pueda demandar su auxilio y vaya encaminado á que esa cohesión no se rompa, sino que produzca el mayor efecto

útil en todas las direcciones de la vida. La hemos visto como obrera en los talleres, como enfermera en los hospitales, en el frente de batalla, y absolutamente en todas partes donde la obra de la mujer podía sustituir á la del hombre ó llenar funciones que ordinariamente á la mujer no incumben, á más de las que le son peculiares.

Y es de considerar que en esta concurrencia de la mujer á la obra actual de Francia, se han producido fenómenos psicológicos muy curiosos. Nos decían en una fábrica de municiones de los alrededores de París, que nos fijásemos en la perfección con que aquellas mujeres realizaban su labor, y nos preguntaban: ¿Saben ustedes de dónde proceden? Pues no son obreras de oficios similares á estos metalúrgicos que ahora desempeñan, sino que vienen de los talleres de modistas y de sombreros; pero son parisienses, es decir, del medio intelectual de París, que ha creado una disposición intelectual en el espíritu de la mujer, aun de las que no tienen cultura, merced al que le es posible asimilarse el nuevo género de trabajo y pasar de cosas tan apartadas de lo actual como las que constituyen los oficios de la moda, á una labor de género muy distinto y de gran precisión y finura, porque estas mujeres están todo el día manejando el compás y las medidas para que cada una de las piezas que fabrican tengan su dimensión y su calibre exacto, sin dejar nada á la fantasía. Nos dijeron también que habían procurado traer mujeres de otras partes, de otros medios intelectuales, y que no habían dado resultado, porque la parisién es una resultante del ambiente de cultura que existe en todas las grandes capitales y que se filtra en todos los espíritus.

Este sentimiento patriótico de que vengo hablando, tiene muchas derivaciones con respecto á la guerra, algunas de las cuales son también interesantes de notar, porque revelan la situación espiritual del país en cuanto al conflicto mismo. Los franceses tienen conciencia clara de que esta guerra les ha producido una sangría enorme, que representa para ellos un sacrificio terrible. No lo ocultan; saben y repiten que el

sacrificio probablemente se continuará durante mucho tiempo; no tienen los ojos cerrados ante el porvenir y lo dicen sin fanfarronería; pero están resueltos á continuarlo hasta el último instante, y ese último instante, ¿será el triunfo? ¿será otra cosa? Eso, en el fondo, en cuanto pueda influir en la dedicación del espíritu á la obra patriótica, les es indiferente. De todos modos, continuarán el esfuerzo.

Quizá podría resumirse esta situación espiritual del pueblo francés en dos frases: una, de un General insigne, y otra, de un cabo, hombre procedente del pueblo. El General es Guraud, el cual, en una comida que nos dio en su cuartel general, hablando conmigo acerca de España, y preguntándome yo si conocía nuestro país, me dijo: «Muy de ligero; he pasado una vez por Sevilla y otra por Madrid». Le contesté á esto: «Mi General, es preciso, cuando llegue la paz, volver á España»; é inmediatamente, previendo la molestia que pudiera haber producido en el espíritu del General la palabra paz sin calificativo alguno, y haciendo una frase á que, en en todo caso, la cortesía obligaba, dije: «Bien entendido, la paz con la victoria». Y me contestó inmediatamente, con sencillez extraordinaria: «¡Ah, es que si no fuera con la victoria, no me vería usted! >

Continuando la conversación, me dijo el General: «Voy á contar á usted una anécdota muy interesante, referente á un soldado. El otro día, al ir á efectuar una exploración arriesgada, se pidieron, como siempre se hace en estos casos, voluntarios; se ofreció un cabo, y un soldado compañero suyo le dijo: «Pero hombre, ¿cómo te ofreces tú, siendo viudo y teniendo tres hijos?» A lo cual le respondió el cabo: «Por ellos es por quien lo hago». Es decir, por la Francia del día de mañana, por lograr una Francia tranquila, libre y sin recelos. Creo que ambas frases, la del General y la del cabo, dan exacta idea del patriotismo francés en cuanto al sacrificio que éste significa.

La otra nota, tan interesante como ésta, y que no necesita siquiera que se la manifiesten á uno de palabra, porque

penetra en el ánimo así que se entra en Francia, es la de la potencia enorme de los recursos materiales del país. Se ve allí, por todas partes, que existen condiciones de vida económica para resistir no sabemos por cuánto tiempo, pero por mucho y, ahora, desembarazadamente. Se advierte eso en los menores detalles de la vida; en la alimentación, que no ha sufrido variación alguna, pues, no ya en París, sino en el frente, el tipo de la comida es el ordinario en Francia; desde el pan blanco, sin tasa, hasta las cosas superfluas y de puro agrado de la mesa, como los dulces y el helado. En algún sitio, como en Tolosa, hemos comido pan un poco moreno, pero es porque era pan integral, no porque se tratase de la mezcla de harina de trigo con ninguna otra. Además se observa, y es el detalle más interesante, el rápido é inmenso desarrollo que han tenido las industrias, lo cual requiere gran cantidad de personal muy bien pagado, aparte las máquinas y primeras materias.

Hoy cobran los obreros y obreras de la industria francesa cantidades con que no soñaban, sobre todo la mujer, cuyos sueldos se han igualado con los del hombre, fenómeno que podrá tener su repercusión en la economía nacional futura. Veamos algunos ejemplos del desarrollo industrial./Una de las fábricas de municiones de los alrededores de París no existía hace dos meses; los terrenos que ocupa eran baldíos. En ese plazo se ha levantado allí un verdadero pueblo y la fábrica funciona con todos los medios económicos, sin dejar de producir un instante.

Otro ejemplo es el de una fábrica de pólvora que antes de la guerra producía *una* tonelada diaria. En los primeros momentos, que no fueron de horas ni de días, la desorganización y el aturdimiento del ataque brusco no permitieron que se agruparan los elementos que habían de engrandecerla, y así su nueva organización sólo data de diez y ocho meses, ocupando hoy 22.000 obreros y una extensión inmensa de terreno, que dentro de tres meses se habrá ampliado para ocupar á 40.000 obreros. Con los 22.000 actuales produce hoy

cientos de toneladas. Y como esto se repite en todo el territorio y para toda clase de cosas, es evidente que el país se encuentra ahora en plenitud extraordinaria de recursos.

Pero quizá esto no hubiera bastado, si no hubiese otro factor muy interesante que hemos observado también, y es la admirable flexibilidad del espíritu francés, que le ha permitido una fácil adaptación á las nuevas necesidades. En Francia mismo, muchos dudaban de que esto fuera posible. Conversando con el Presidente de la «Action française» una noche, me decía: «Hemos estado predicando constantemente, antes de la guerra y en los primeros meses de ella, á nuestros compatriotas, diciéndoles que el juicio, muy general aquí, de que Francia era un país incapaz de *organizar*, era una equivocación, y ustedes habrán podido apreciar que efectivamente teníamos razón nosotros». Así lo creo; y lo maravilloso es ver que ese fenómeno que se explica en las cátedras de Economía política, el fenómeno de la perturbación y la dificultad que representa el traslado del capital de una industria determinada á otra distinta, perturbación y dificultad que ceden en detrimento de la producción, no se ha producido apenas en Francia, no obstante la rapidez del cambio y la improvisación de las nuevas actividades, pues todo se ha hecho rapidísimamente, como lo demuestra el ejemplo de la obrerita parisién y el que todos los elementos se hayan amoldado á las nuevas condiciones. Y así, fábricas, obreros, directores, todo ha entrado en la nueva organización de un modo perfecto y admirable. Y eso que hemos observado en las industrias de retaguardia, en los territorios donde la guerra no llega, lo hemos observado también en la organización militar del frente.

He entrado en las trincheras con el deseo de ver todo lo que á un profano le fuera dable; me he fijado en detalles de cierta naturaleza como, por ejemplo, en el modo que han tenido de resolver el problema de las letrinas, y en todo he encontrado un orden y un talento de organización extraordinarios.

∴

La impresión de las trincheras es esta (claro que no á los diez minutos de un ataque): es un sitio limpio, sin un papel en el suelo, sin inmundicias y sin nada que acuse falta de diligencia ni de cuidado. Todo está perfectamente dispuesto y el problema de las letrinas se ha resuelto a fuerza de desinfectantes. Constituyen un pozo negro con tapadera que se cierra herméticamente y no hay más olor que á laboratorio químico. Tampoco existe olor alguno en los dormitorios, y ha desaparecido la impresión de la humanidad hacinada. Supongo que algo variará la cosa después de pasar una noche; pero en condiciones normales no queda allí la sensación que, por ejemplo, recordamos los que hemos padecido en nuestra juventud la desdichada y tradicional casa madrileña de huéspedes. Este detalle, unido al engranaje de los servicios, de tal manera, que se puede rápidamente tener á mano cuanto hace falta, da la impresión de que aquella flexibilidad de espíritu de que hablaba antes se ha producido allí en todos los órdenes de la vida nacional.

Daré una nota nada más, por lo que á la guerra se refiere. El servicio de fotografía está de tal manera montado, que cada veinticinco minutos el cuartel general recibe una fotografía exacta del campo de batalla. Los procedimientos no pueden ser más rápidos, merced á la buena combinación de los trámites y de los eslabones; y por nosotros mismos hemos podido observar que cada jefe recibe la fotografía que le interesa con regularidad perfecta, pudiendo así hacerse cargo de la situación y dirigir los movimientos.

La cuarta nota que hemos podido advertir, en cuanto á la situación de espíritu del pueblo francés, es la decisión, la voluntad de llegar hasta lo último, sea lo que fuere y cueste lo que cueste; la asistencia de una gran serenidad. La gente no es que esté contenta ¡cómo había de estarlo en plena guerra!; pero ha aceptado el sacrificio y está dispuesta á cumplir lo que cree su deber patriótico, llevándolo de tal modo, que la tristeza, el dolor, la pena profunda que acaso no haya un lugar en Francia donde no exista, se lleva en el



fondo del corazón, como algo de índole privada que se llora y se siente en casa, pero que no trasciende al exterior ni detiene un momento la acción que á cada cual toca realizar. Es un emocionante ejemplo de inhibición en aras del interés común.

Asistí a una conferencia científica en la Sorbona, y allí vi madres que habían perdido uno ó dos hijos ó á sus maridos; padres en condiciones de verdadera angustia, y gentes en situación de melancolía serena, que es la que se presta a los grandes sacrificios. Todos con su presencia con su interés por las cosas de índole científica y literaria que allí se decían, demostraban la continuidad de la vida ordinaria en Francia. Claro que hay en la Universidad menos alumnos que en condiciones normales, porque la mayor parte de la juventud está en las trincheras ó han muerto; pero el que puede, sigue yendo á sus clases, y los profesores siguen trabajando de la misma manera que antes. En Tolosa vimos un profesor, un premio Nobel nada menos, que no tenía ningún alumno; pero en las clases corrientes, el personal abunda, y en algunas de carácter científico, como las del Instituto Electrotécnico, había muchos españoles é hispano-americanos siguiendo los cursos.

Las cuatro notas expuestas me parece que resumen bien nuestra impresión del espectáculo que ofrece el pueblo francés, y dan un cuadro bastante completo de su situación.

Ahora bien; nosotros no hemos ido, creo poder emplear el plural, sólo como espectadores, ni como hombres que traten únicamente de devolver por cortesía una visita procedente de círculos donde hay gentes que son nuestros compañeros de trabajo y con quienes se desea continuar relaciones de orden intelectual. Hemos ido también pensando que éramos españoles y que teníamos obligación de estudiar en Francia aquellas posibilidades de ventajas que para España pudieran derivarse del momento presente en el orden de las relaciones que salen fuera de la esfera política y de guerra, y que sería una obra suicida desaprovechar. Hemos procurado estudiar esto con calma y con serenidad, antepo-

niendo el sentimiento de patriotismo á toda inclinación sentimental, entendiendo que no hay necesidad de ser egoísta, y menos egoísta de mala ley, para aprovechar en cada circunstancia de la vida las cosas que pueden favorecer á la Patria. Y hemos creído ver que en las condiciones actuales de Francia hay muchas posibilidades aprovechables para España en ciertos órdenes de relación social, económica y educativa, así como facilidades para que se rectifiquen algunas líneas de conducta que se han seguido con relación á nosotros. Todo esto constituirá la materia de un estudio que queremos ofrecer á nuestro país, para que los que tienen obligación de sacar las consecuencias prácticas, las saquen si lo creen necesario.

Tenga ó no consecuencias nuestro viaje, nosotros, con haber hecho lo que hemos hecho y lo que estamos haciendo ahora en España, creemos haber cumplido nuestro deber.

Quiero repetir al final lo que dije al principio: entendemos que, con independencia absoluta de la inclinación sentimental y de la posición doctrinal de cada uno en cuanto al conflicto presente, hay muchas cosas que se pueden hacer en beneficio de nuestro país y de su actuación internacional y que tenemos la obligación de hacer.

Claro es que un viaje de esta naturaleza, singularmente por lo que respecta á las consecuencias de este género, no puede tener toda su eficacia si es único. No hay cosa, por mucho éxito que logre de momento, que por sí sola, abandonada, sin que se continúe el esfuerzo, sin que se refuerzen las vibraciones producidas inicialmente, dé las consecuencias apetecidas. Nuestro viaje, pues, sería preciso continuarlo y ampliarlo. Creo que está en la conveniencia española ver, no sólo Francia, sino los demás factores, y verlo todo, para que tengamos por fin una impresión personal bastante para sobreponernos á las impresiones de mera referencia y, en segundo lugar, para apreciar en qué medida, del mismo modo que el elemento francés, son otros elementos aprovechables para España como consecuencia de su situación en

ese conflicto Todo eso debemos hacerlo como patriotas y prescindiendo de lo mal que hablamos los unos de los otros dentro de nuestro país, para no pensar sino en el provecho común.

**El Sr. Duque de Mandas** (Presidente accidental): Mayor motivo hay ahora para agradecer al Sr. Altamira lo que acaba de decirnos, y bien sería, al menos por mi parte lo deseo, que estudio tan completo como-el que ha hecho de la situación de una de las naciones, de uno de los campos beligerantes, se completase trayéndonos aquí datos algún señor Académico que viajase por otro lado y que, seguramente, nos habría de dar noticias tan luminosas como las que el Sr. Altamira nos ha comunicado. Entonces podríamos formar un juicio exacto de la situación general de estas cosas, juicio que es tan indispensable para personas que se ocupan de la vida pública y del porvenir de Europa.

Por consiguiente, propongo á la Academia que conste en acta la manifestación de nuestro agradecimiento al Sr. Altamira por su interesante discurso,

x Así se acordó.